

calor y reanimarle. Inútilmente le llamaba: el niño se hallaba entonces sin ningún sentido.

En tal estado, lleno de turbación y de angustia, trató de

abandonar aquel punto, temiendo si tardaba algo más no poder salvar ni aun al que había encontrado.

Hallábase á la mitad del camino, cuando vió al mayor que



Una vista de Suiza.—Cascada suspendida por el hielo.

volvía llevado en brazos de algunos vecinos. Todo se explicó de una parte y de otra; y de esta escena verdaderamente patética, no queda más que un recuerdo sin amargura, por-

que el niño recobró los sentidos, y se restableció perfectamente.

SEGUNDA SERIE.—1858.

FERNANDO BELTRAN.

AÑO XVI. 3.

EL GARDUÑO.

(Conclusion.)

IV.—DE PICARO A PICARO.

En vano había intentado Pedro evitar un duelo con el temerario don Federico de Zúñiga. Quería este joven haber matado á aquel hombre porque leyó en su corazón el secreto de su debilidad; empero el hierro era demasiado pesado para él. Dos veces había visto adelantarse hasta su pecho triunfante el acero del mendigo deslumbrando sus ojos, y dos veces en lugar de herirle había bajado su arma..... Es que la superioridad en el manejo de la espada, á que estaba muy acostumbrado en su juventud Pedro, iba dirigida por el tierno afecto que ocupaba todo su corazón.

Don Federico al ver la generosidad de aquel hombre, á quien tenía por un villano, no pudo menos de admirarle. Entonces éste le habló con la convicción que le dictaba el amor paternal, y le hizo ver que una mujer podía amar á veces al humilde y pobre soldado vendido por el destino, derrotado en el combate, pero que un noble caballero que en el porvenir tenía un camino fácil y rápido, que degeneraba de su raza por vivir en la ociosidad y en los placeres, tan frecuentes en aquella época en la corte, solo podía merecer el desprecio de una mujer..... y sus burlas; y que él quería que fuese amado de Juana.

El afecto que se revelaba en las palabras del anciano hizo que el joven las acogiese con el mayor cariño, y le dió las mas expresivas gracias. Su corazón latía tranquilo y reposado al oír sus palabras, y se despidió del anciano, que le prometió siempre y en todo evento velar por él.

No tardó mucho en tener que cumplir su promesa. Al volver á su casa había hablado á su madre y á Juana de los proyectos que tenía de pasar á Flandes á conquistar gloria en el ejército y merecer la del nombre del noble conde que lo había adoptado, cuando se hallaba huérfano y sin el nombre de su padre, cuyo escudo de armas había roto el verdugo en la plaza de Amberes. Alegróse mucho Juana de la resolución de su amante, viendo en ella el único medio de salvarse, y al mismo tiempo le prometió á éste que el tiempo que durase su ausencia permanecería encerrada en las Descalzas Reales de Madrid, de cuya superiora era algo parienta; y allí en los ejercicios de devoción de aquella santa comunidad pasaría el tiempo de su ausencia, siendo este recinto su sepulcro si llegaba á saber algun día que Federico había muerto, ó si volvía sin amarla.

En tan buenos propósitos se hallaban todos, cuando supieron que se hallaba cercada la casa de alguaciles y de escribas, y un familiar de la Inquisición sin hacerse anunciar se presentó en la estancia donde todos se hallaban. En vano reclamó la condesa que se guardasen á su casa los fueros correspondientes á la viuda de un grande y título de Castilla, á sus reclamaciones contestó el familiar friamente que por una queja dada al santo tribunal de la Inquisición tenía orden de arrestar al conde su hijo..... y que nadie intentase poner obstáculos, porque ante la Inquisición cesaban todos los privilegios.

El estupor se apoderó de todos, y la condesa fué á colocarse delante de su hijo como para formar una barrera con su cuerpo contra los que querían apoderarse de él. Doña Juana hallábase confusa, no sabiendo darse cuenta de lo que

pasaba, porque contaba con la promesa formal del rey.

Hallábase en esto, cuando presentándose Pedro se dirigió altivamente al familiar de la Inquisición, y enseñándole un pliego con el sello real le dijo que traía una orden urgente firmada por el rey aquella misma mañana para que don Federico marchase á cumplir una misión á Flandes....

El familiar de la Inquisición, levantando la voz, dijo que él traía orden del Santo Oficio, y que era su familiar.

A este nombre todos los criados retrocedieron cual si tuviesen en su presencia un terrible poder, cual si una maldición hubiese herido á su desgraciado amo.

Dirigiéndose entonces la condesa á Pedro trató de buscar el medio de proporcionar la huida á su hijo. Díjola éste que se asomase con disimulo á la ventana y llamase al mendigo que había debajo de ella; lo que se apresuró á hacer la condesa. En tanto el familiar dió sus órdenes á los alguaciles al oído, y quiso permanecer solo con el prisionero.

Aprovechando un momento en que cada cual respectivamente solo se ocupaba de sus proyectos, la joven doña Juana dirigiéndose al familiar de la Inquisición con ademán suplicante le rogó que esperase algunos momentos porque iba á ir al palacio del Pardo donde aquella noche se daba un baile, y donde el rey debía aguardarla; le suplicó que entretanto, segura como estaba de conseguir el perdón de Federico, lo pusiese al abrigo de toda traición, dándole por cárcel su misma casa hasta el amanecer, repitiéndole la seguridad de que obtendría su gracia.

—¿Ireis al palacio del Pardo? la dijo en voz baja el familiar.

—Os lo juro, respondió en la misma voz baja doña Juana.

Un movimiento de alegría se dejó ver en el rostro del familiar, y prometió á Juana aguardarla allí.

Salieron despues todos de la habitación, y se quedó solo el familiar con Federico.

La misión de aquel hombre astuto y sagaz comenzaba en aquel instante. Dócil instrumento del conde-duque de Olivares, que había adivinado que en Pedro buscaba el rey un instrumento para destruir á la corta ó á la larga su poder que diariamente recibía fuertes ataques desde la misma reina hasta las últimas clases del pueblo, y conocedor del secreto de aquel hombre singular, trataba de separar de él á Federico, y de avivar en el corazón de éste el amor que debía ocasionar su perdición y la de su desconocido padre.

Comenzó por hacer ver al joven que demasiado crédulo especulaban con habilidad sobre su buena fé; que un monarca enamorado, libertino y poderoso, quería poseer la belleza sin ruido y sin escándalo, y que para esto había tratado de casar á la hermosa joven temiendo, no sin motivo, sufrir una repulsa de ella, y siéndole mas fácil conseguir su objeto bajo la égida de un esposo acomodaticio. Hízole ver que el rey había buscado este esposo entre esos mil miserables, raza tan fecunda en Castilla, hombres dispuestos á vender su honor y su alma por cualquier cosa, hombres á quienes el rey podía fácilmente enriquecer, y con una palabra dar títulos de nobleza.

Con asombro oía Federico al familiar, que continuó manifestándole que existiendo un amante joven que pudiera poner obstáculos al desenlace de aquel horrible drama tratarían de hacerle marchar, que este era el consejo que le daría Pedro, que quería tenderle sus redes, empero que él estaba dispuesto á cortar las mallas de ella.

—¿Decís, preguntó con ansiedad Federico, que tengo

por rival al mismo rey?.... Bien, dadme una prueba de ello.

—Id al baile al Pardo, allí la vereis..... ¿No se ha marchado ya doña Juana? contestó el familiar.

—Al convento.... dijo con viveza Federico.

—Se ha arrepentido, creo de tan buen movimiento, contestó hipócritamente el familiar.....

—¿Dónde está pues?

—En el palacio del Pardo.

—¡Oh! si me fuese dado volar en su seguimiento..... Si quisiese verla y vengarme..... ¿me dejaríais el paso libre?

—¿Pero hasta cuando, pobre joven, no sabreis elegir vuestros amigos?.... Marchad: no temais nada.

—¿Y esta prision?....

—Una ficción..... Un medio de desbaratar los planes de Pedro.

—¡Oh! gracias.... Abajo hay un carruaje en que debía marcharme....

—No: si os llegasen á perseguir seria peligroso: abajo encontrareis un vigoroso caballo en el que yo he venido al frente de mi guardia.... Todo está previsto.... Salid por esta puerta: y al mismo tiempo le indicaba una puerta que daba á una escalera interior. He dado mis órdenes á los alguaciles, de modo que nadie se opondrá á vuestra marcha.

Saludó Federico al familiar en el momento de salir, recomendándole éste la prudencia, y respiró despues cual si hubiese logrado completamente el éxito de su mision. Sintió partir el caballo á galope, y no pudo menos de sonreirse al ver la desgracia que le atraía. El familiar amaestrado por la experiencia habia sabido dominar todos esos movimientos fogosos; habia domado y quebrantado esos resortes indóceles á la voluntad, y sentándose en uno de los sillones del salon se puso á aguardar, como el cazador cuando tendidas sus redes aguarda la presa que sabe ha de venir á parar á ellas.

En efecto, al poco rato se presentó allí Pedro sorprendido de no encontrar ya allí á Federico. El familiar le hizo una señal de que se hallaba en la pieza inmediata, y ademas le dijo que le estaba aguardando.

—¿Me aguardábais? dijo Pedro..... ¿Y por qué?

—¿No teneis qué hablar conmigo? dijo irónicamente el familiar. ¿Quereis que juguemos francamente la partida?

—Corriente..... he aquí mi juego, dijo Pedro..... Delante de la salida de la casa he colocado hombres resueltos. Asi vuestros esbirros no se podrán llevar ya preso á Federico.

—Posible es, contestó con tono resignado el familiar..... Pero tomemos las cosas de mas alto..... Espias invisibles del tribunal os han vigilado en todo tiempo: asi es que yo sé vuestro nombre, vuestra historia, vuestras desgracias presentes, vuestros proyectos de ayer, vuestras promesas al rey.....

Hizo un movimiento Pedro, y despues continuó el familiar sin la menor alteracion ni en su semblante, ni en su tono.

—Si la Inquisicion ha dejado dormir la persecucion hace veinte años no es porque fuese descuidada ó cobarde, no vuestra desesperacion habia cumplido su tarea mucho mejor que el cadalso, del que os habíais libertado por un subterfugio..... fingiendo un suicidio..... ¿De qué le servia vuestro vida?.... El tribunal no se venga, porque es fuerte. Para el mundo habíais pagado la culpa de vuestro delito. No; no os atacábamos: vuestra conducta no nos daba la menor sospecha. Teníamos en nuestra mano el solo hilo que os retiene en el mundo, el único de que pende vuestra existencia, Federico..... No teneis alma ni vigor mas que por él..... Solo

por él vivís.... Podemos volveros á hacer sufrir todos vuestros padecimientos, oponernos á vuestros proyectos, quebrantar vuestras esperanzas.....

—¡Imprudente! ¡amenazarme asi! dijo con aire terrible y colérico Pedro. ¿No teneis miedo de que sepulte con vos en el sepulcro mi secreto?

—Caiga vuestro puñal sobre mí..... contestó sin la menor alteracion el familiar; heriríais en el vacío: no alcanzaríais el misterioso ser que se une á vuestros pasos. Cuerpo intangible que se escapa, que no puede tocarse; poder de que yo mismo apenas soy la sombra..... Si, la fuerza suprema reside en nosotros. Retirad vuestros imprudentes desafíos; sed de los nuestros, y salvareis vuestro hijo, que tendrá gloria y honor.

—No; yo he elegido ya, y no me vendo dos veces como un traidor; y pues que todo lo sabeis, no ignorareis sin duda tampoco que el rey me ha levantado del polvo en que yo mismo voluntariamente me habia colocado, y me ha concedido el único tesoro de que mi alma era avara, el solo bien que yo podia desear, y vosotros me ofrecéis que le venda.....

—No merece la pena de que nos ocupemos de eso, dijo encogiéndose de hombros, porque veo que os han engañado completamente. No tengo que deciros mas que una palabra en prueba de ello. Vuestro don Federico no es ya mi prisionero: corre en este momento hácia el palacio del Pardo donde va á encontrar á su querida. Allí sorprenderá sin duda un duo de ternura concertado por el rey..... Pensad en ello.

—¡Cielos!... Si fuese verdad lo que decís, exclamó Pedro... yo quisiera entonces..... Y al mismo tiempo daba voces gritando: ¡A mí Miguel, Juan, Francisco!....

—Fogoso es el carácter de Federico, continuó diciendo friamente el familiar: vos lo habeis exaltado esta mañana.... ¡y tened cuidado!....

A las voces de Pedro acudieron varios criados, y el mendigo que estaba á la puerta. Pedro con la mayor ansiedad les preguntó.....

—Ha huido, no sé como, contestó el mendigo.

—¿Le han dejado marchar tus hombres?

—Seguramente, contestó el mendigo, porque huía solo, y por cierto que parecia tener alas: por medio de los jardines lo han visto pasar dos de los centinelas que yo habia puesto.

—Verdad es, dijo Pedro; allí estaba su carruaje..... Pronto, á caballo, dijo el mendigo: es preciso que tomeis un atajo.

—Está la noche muy oscura.

—Es preciso á toda costa que adelanteis su carruaje: en el camino del Pardo reconocereis bien las armas, la librea: entonces sin consideracion ni á riesgos, ni á gritos, ni á amenazas.....

Veía Pedro al mismo tiempo la sonrisa irónica del familiar, y volviéndose á él le dijo: ¿os burlais? Pues á todo trance, y aunque sea á viva fuerza, me traeis aquí á don Federico mañana al amanecer.

—Perfectamente, dijo con ironía el familiar. Y al mismo tiempo trataba de salir del aposento. Entonces cogiéndole Pedro con aire amenazador le dijo:

—Por mi vida que has de permanecer aquí.

—Como gustéis, contestó con la mayor calma el familiar volviéndose á sentar.

Entonces quiere decir que yo á mi vez soy prisionero vuestro.....

—No; escuchadme. Y al mismo tiempo se puso á escribir una carta á la condesa en que le anunciaba el triste destino que aguardaba á su hijo, si llegaba al baile, y le aconsejaba que siguiese sus pasos, que velase sobre él, y le evitase la horrible red en que iba á caer. Dió despues aquella carta á un lacayo, y volviéndose al familiar le dijo:

—Ahora aguardaremos aquí su vuelta.

—No conoceis, caballero, le dijo el familiar con desden, con que adversario os las habeis. Sino hubiese sido necesario para el éxito de nuestros planes ¿creéis que hubiera venido aquí temerariamente á esponerme á un peligro desconocido?

En aquel momento se oyó el ruido del carruage que salia de la casa de la condesa.

—Escuchad: este momento es importante: os juro de nuevo, continuó diciendo el familiar, que en esta noche misma, á pesar de todos vuestros esfuerzos, llegará vuestro hijo al palacio del Pardo, y allí encontrará su pérdida inevitable.... una palabra vuestra, un gesto, puede todavía separar de su cabeza este golpe funesto. ¿Quereis ser de los nuestros?

—Jamás.

—Buenas noches, caballero, dijo el familiar, y tendiéndose sobre uno de los sillones de baqueta que habia en la pieza se preparaba para dormir.

Apenas habian pasado algunos instantes cuando se presentó un esbirro. El familiar se hallaba ó aparentaba estarlo, profundamente dormido.

—¿Qué vienes á buscar aquí? le preguntó Pedro.

—Acabo de ejecutar las órdenes que se me han dado.

—¿Tú guardabas esa puerta? continuó Pedro..... ¿Te habian prevenido que saldría un hombre?

—Sí, contestó riendo el esbirro: era cosa convenida anticipadamente. Habia pasado delante de mí como una sombra: iba dando traspies por esa sombría escalera. Despues sin preguntar nada, habiendo encontrado un caballo ensillado partió como un rayo....

—¡A caballo! dijo con una voz atronadora Pedro.

—Parece que llevaba mucha prisa, dijo el esbirro.

—¿Pues y ese carruage enganchado puesto en el jardin, quién lo ha tomado?

—La condesa, contestó el esbirro.

—¿Qué demonios! contestó aterrado Pedro. Yo partiré, y llegaré todavía antes al palacio del Pardo.

Trató de salir del aposento; pero el esbirro se colocó delante de él, diciéndole:

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque debeis quedar aquí toda la noche.

—¿Te burlas? Vamos; ¡paso!.... Y al mismo tiempo trató de abrirse paso. Entonces haciendo como que se despertaba el familiar, le dijo:

—Nada podeis, creedme; poco ruido y menos escándalos; dejad vuestra espada; mirad. Y al mismo tiempo le señalaba á una de las piezas inmediatas: allí hay quince hombres.... mirad. Miró con desesperacion Pedro, y vió efectivamente que habia una porcion de esbirros contra los cuales era en vano toda lucha. Hubiera arrostrado con valor la muerte por pasar aquella puerta; empero una consideracion le habia detenido, y le habia hecho someterse con resignacion á pasar allí una noche que debia ser un siglo. Si él moria ¿quién salvaria á su hijo mañana? Ademas, estaba seguro de que si su hijo se habia comprometido y habia muer-

to, él dejaria de existir mañana y tendrian fin los padecimientos de tantos años; padecimientos en que solo le habia sostenido la idea de poder ser útil un día á su hijo.

V.—LAS GRADAS DEL TRONO.

Brillaban en los salones del Pardo las hermosuras de aquella época, cuyas gracias realzaba el resplandor de mil bugías reflejadas en los ricos espejos de Venecia que cubrian sus paredes. Los cortesanos les daban las manos para pasear por aquellas deliciosas estancias, en donde todo respiraba el aura del placer y de la voluptuosidad.

El rey salió aquella noche mas tarde que de ordinario á animar con su presencia y dar brillo á aquel hermoso sarao. Habian visto los cortesanos deslizarse momentos antes de aquella brillante funcion cual una ligerísima sombra á una hermosa jóven que habia venido desde Madrid. Grandes comentarios se hacian sobre aquella entrevista en los diversos grupos que formaban los cortesanos, ávidos siempre de noticias, y prontos á destrozár la reputacion de las mugeres, á lo que se prestaban no poco las costumbres de aquellos tiempos. Unos decian en voz baja que hacia algunos dias se veia al rey salir de noche por las calles de Madrid sin escolta; que se le habia visto detenerse delante de cierta puerta y que una sombra se presentaba en el balcon. Contaban otros que aquella misma noche, momentos antes del baile, habia habido una conversacion secreta entre la sombra y el rey, y que decididamente aquella sombra iba á suceder á María Calderon.

En efecto, doña Juana como hemos dicho, habia llegado momentos antes de verificarse el baile al palacio de Felipe IV; habia pedido con instancia verle, y como toda muger hermosa encontraba siempre abierta la estancia de este galante rey, habia tenido con él una larga conferencia. El rey habia visto en su llegada el cumplimiento de la cita que le habia dado dias antes. El monarca, cada vez mas enamorado, no pudo menos de concederle el perdon que venia con tanta instancia á solicitar. La hora, la ocasion, todo contribuyó á perder á la desgraciada Juana. Aquella hermosa jóven habia entrado pura en la estancia del rey: nada le habia llevado mas que el afecto mas puro, el deseo de salvar al que debia un dia ser su esposo. Allí sola con su inocencia habia tenido que luchar con el hombre mas galante de su siglo, con un hombre cuya frente adornaba ademas la corona de dos mundos, á cuya decidida voluntad se plegaba todo sobre la tierra. Juana habia entrado pues, en el baile, llevada del brazo del monarca, en cuyo rostro brillaba la satisfaccion del amante y el contento de un triunfador. Esto acabó de confirmar las conversaciones que en voz baja tenian acerca de doña Juana los cortesanos.

En tanto don Federico reventando casi el caballo que le habia proporcionado el familiar de la Inquisicion, agente hábil y activo del duque de Olivares, habia llegado á palacio, habia entrado en el baile, y habia encontrado allí á su amigo don Fernando. Juntos los dos no tardaron en ver á doña Juana. En un momento en que el rey soltó su brazo se encontró esta frente á frente de Federico. Vefase estampada sobre su frente la turbacion, que creció de todo punto al ver que acercándose la Federico la dijo:

—Juana ¿por qué me habeis engañado? Bien veo que no me amais.... Maldita es mi existencia: el rey Felipe IV

os persigue: su homenaje ha turbado vuestra razon, y su imagen ha arrojado mi recuerdo de vuestra alma..... Solo el rey tiene vuestro amor.

—Vais á pedirme celos, contestó Juana con acento sombrío en el que se veía sin embargo la altivez, cuando tengo el alma desgarrada de dolor. ¡Decís que yo le amo! ¡Ah! No me habéis de eso.

—Juana, exclamó con desesperacion Federico, él desde lo alto de su trono os arroja como una limosna á ese hidalgo, á ese hombre recién ennoblecido, á ese mendigo.

—Vais á estraviar mi razon.....

—Si el rey estuviese solo.....

Adivinando entonces Juana su pensamiento se precipitó hacia Federico con el acento del terror y de la desesperacion.

—¿Qué haríais?

—¿Creeis apagar mi cólera? ¿Creeis que pueda ser un juguete vuestro? Es preciso que me vengue. Por alto que sea el rival, tan alto puede subir mi orgullo.

—¡Oh! eso sería horrible: querer combatir con él sería vuestra perdicion, y yo quiero que vivais, Federico. Yo acepto, yo merezco la injuria que me haceis..... ¡Oh! ¿porqué queríais tomar mi defensa y perderos? Cuando yo escitaba un momento vuestro valor era una infame: todo el ultraje ha caído sobre mí: no valia uno solo de vuestros dias. Sí, Federico, yo os amo: os lo he dicho muchas veces.

—Si, es verdad, replicó con amarga ironía Federico: esta misma tarde me lo decíais cuando al escitarme á marchar á Flandes me prometíais aguardarme en el convento de las Descalzas Reales.

—Si, he venido al palacio del Pardo, pero oidme; he venido para obtener vuestro perdon. Caro me cuesta. Sin embargo, hubiera causado tu muerte: no me dejes ese eterno remordimiento..... Estás libre; el rey te perdona: no tientes al infierno: es preciso huir, abandonar este maldito palacio, y su vergonzosa degradacion: abandóname á mí, que siempre te seré fatal; aléjate de Madrid y de España.....

—Una palabra y marchó, dijo con resolucion Federico. ¿Me seguirás? ¿Serás mi muger?

—¡Oh! exclamó desesperada Juana: y juntando las manos con ademan suplicante continuó: yo quiero salvarte, salvarte únicamente, te lo juro. Preciso es que creas en mi decision: no hay nada que yo no haya hecho para apartar de tí ese terrible peligro..... no me pidas una cosa imposible.

—Entonces me quedo.

—Aguarda: tal vez te retiene una sospecha celosa.... marchemos: el claustro y sus pesadas rejas te responderán de mí: las lágrimas, la oracion serán mi única felicidad.... y por una vida entera si tú quieres.....

—Me quedo, volvió á decir Federico: se pasa el dintel de la puerta de un convento.

—Si, es verdad... Pero no se sale de un sepulcro. ¿Quieres tú esa prision para mí? Hiere mi corazon sin temor: no oirás ni un suspiro, ni una queja; no tengas remordimientos; yo bendeciré tu brazo: vamos, déjame muerta, y marcha.

—¿Es por mí solo ó por ese funesto rey por quien quieres dar tus dias? Yo lo sabré: me quedo.

En aquel momento vió Juana que el rey se dirigia hacia donde se halla, y con terror exclamó:

—¡El rey!

Entonces deslizándose ligeramente Federico detrás de un tapiz que habia junto al trono, no tuvo tiempo mas que para decir:

—Silencio, ó entrégame.

Retiróse doña Juana.

El rey que se dirigia hacia aquel punto habló un instante con uno de los agentes del conde-duque de Olivares, y sin dejar conocer nada en su rostro permaneció un momento rodeado de los cortesanos, hasta que la música dió la señal del baile. Entonces cada cual tomando de la mano á la señora que habia elegido por su pareja se dirigió hacia el salon donde se bailaba.

El rey pausadamente se encaminó hacia el sitio donde momentos antes hemos visto hablaban doña Juana y Federico. Marchó derecho al tapiz; estendió la mano como para levantarlo, y despues se detuvo. Allí vió á Federico, que aterrado dejó caer el puñal que tenia en la mano, y sin dejar ver la menor turbacion dijo:

—Jóven aturdido, coged mejor vuestra arma..... ¡Ah! se niega á ello vuestra débil mano..... Quedais inmóvil..... mucho..... parece que os vais á desmayar....

—¡Dios mio! dijo en voz apagada Federico.

—Estais pálido..... ¿Teneis miedo de mí? ¿Qué edad podréis tener? Lo mas veinte años: sí, lo mas veinte años; esa segunda infancia en que todo es juguete, espada ó puñal: ahora jugaremos al verdugo si quereis.

Hizo un movimiento de terror Federico. Continuó el rey:

—Te era preciso esa palabra para levantar la cabeza. ¿No es verdad?..... Contaba con ello; y tu orgullo te dispone á desafiar el tormento y la muerte si es preciso; pero no estamos todavía sobre el cadalso, y antes de que se doble tu cabeza sobre el tajo quiero hacerla doblar bajo tu vergüenza; porque yo, á quien tú no veías trazando los destinos de los pueblos y de los estados, he descompuesto tal vez una hora de tus dias. Un momento te has dicho: es preciso que muera el rey. El trono tiene su cumbre: pues bien; subirás á ella con el puñal en la mano..... y allí herirás.... Ten cuidado: en esa cumbre el rey, por quien Dios lucha y vigila en el mundo, mide su grandeza y el rebelde su caída. Para subir las gradas de este trono que aqui ves, el que no tiene el brazo fuerte y el alma fuerte tambien, se encuentra aislado en su cima, siente desfallecer su corazon: le dan vértigos en la cabeza. Ven: mira el camino por donde te será preciso pasar.

Y al mismo tiempo cogiéndole de la mano le hizo subir el primer escalon del trono.

—Sube..... Esta es la España, desde donde se puede abarcar con una sola mirada..... Ayer eran todavía Zaragoza, Sevilla, Córdoba, Granada..... Un reino por ciudad; veinte señoríos por reinos, y todos celosos rivales luchando cual las olas de un mar irritado. Y si para rechazar al moro de su orilla concentraban á veces sus fuerzas y su valor, sobre ese suelo conmovido al rechazar al enemigo, al impulso del golpe vacilaba el trono largo tiempo: despues se afirmó: Navarra, Aragon, Castilla, olvidan sus divisiones, sus odios de familia, sus consejos soberanos, y sus altivas ciudades, que oponian á los reyes sus fueros y su franquicias, se doblaron todas á un yugo único aun no hará un siglo.

Al mismo tiempo, cogiéndole de la mano le hizo subir un escalon mas.

—Sube, sube todavía, y mira relucir todas esas joyas de un trono sin igual; satélites sumisos brillando por mi solo, Flandes y Portugal; Cerdeña y Sicilia; Milan, que codician los franceses; y la indócil Nápoles..... y mas lejos todavía...

allá bajo donde se pierde la vista allende el desierto Océano un país donde el sol á pesar de su inmenso disco se ve precisado á alejarse cuando comienza para nosotros, las Indias, paraíso donde brota el oro sin fin: el Africa, el Asia misma, orillas desconocidas, tierras misteriosas, vasallos conquistados ó reyes tributarios admiran posesiones donde jamás se pone el sol: de todos los puntos del globo refleja el sol sus rayos sobre mi cabeza, y mi corona los cubre á todos. Tengo que abrir mi mano sobre esos inmensos estados y esos pueblos, que debe contener y proteger, y si realzan mi gloria, aumenta mi peligro. ¿Sabes tú los nombres de ellos, ó puedes solamente contarlos, pobre hidalgo?

Y al mismo tiempo tirando de él le hizo volver á subir otro escalon.

—Tu que querías reducir á la nada al gigante ¿le reemplazarás? pigmeo. ¿No ves encarnizadas para devorar su presa las águilas, los buitres, que acudirían sobre su sepulcro? Cada uno de ellos ha codiciado un trono hace largo tiempo: los franceses Milan, la Flandes, Navarra: todo el oro del Nuevo Mundo la avaricia de Inglaterra: el turco á Sicilia y Malta: á Nápoles el Papa: al reino de Portugal la inquieta casa de Braganza. ¿Qué sería de esta inmensa mole de la monarquía española el día que faltase el rey en cuya cabeza se cifra su unidad? Tú debías saberlo si cortabas la mano que hace mover todos los hilos que agitan tan diversos y dilatados reinos.

Todavía le hizo subir otro escalon mas; el último, diciéndole:

—Sube todavía aquí..... cerca de Dios..... juntando sus dos manos y con los ojos cerrados: aislado del resto de los hombres viene el rey á inclinar su cabeza ante el rostro del inspirador de la razon divina. Su espíritu conmovido con el choque de las naciones se recoge aquí y medita. ¿Ves esa nube oscura que se adelanta, que truena, y que parece preñada de tormentas? Pues es el porvenir del mundo..... Presta pues, una forma á sus vagos contornos: sorprende la palabra oculta en su sordo murmullo..... Aquí en el seno de estas tempestades, Dios se revela al rey como en otro tiempo á los profetas. Luchemos si es tiempo, porque tú lo has querido, porque este es el Sinaí. Dios no admite en él sino á un elegido altivo, rival de este trono, donde juntos hemos subido. ¿Quién de los dos bajará de él? Responde.

Y al mismo tiempo, empujándole, bajaba de espaldas los escalones aterrado Federico, arrodillándose al llegar al último.

Entonces el rey le levantó y le dijo:

—Podía quitarte la vida, y te perdono.

En aquel mismo momento se aproximó doña Juana, que estaba inmediata, temerosa de lo que podía ocurrir, y dirigiéndose al rey le dijo:

—¿Señor! ¡Piedad! Me habeis concedido su perdon.

—No supliqueis por mí, dijo con tono altivo y despechado Federico.

—Yo perdono las ofensas hechas al rey; pero no podré hacer lo mismo con las que antes habías hecho á Dios.

—¿Perdon! volvió á exclamar Juana consternada.

—Y á vos, señora, os doy un eterno adios.

—El oprobio y el abandono es lo que me dais, dijo aterrada doña Juana.

VI.—UNA BODA POR SALIR DE APUROS.

Detenido quedó por el pronto en una de las salas del palacio del Pardo Federico. Allí llegó; apenas hubo amanecido, Pedro, el que había pasado la noche mas terrible de su vida encerrado en la casa de la condesa, calle de San Bernardo, sufriendo la fria ironía del familiar de la Inquisicion, que lo tenía allí clavado á pesar suyo, mientras que iba á decidirse para siempre la suerte de su hijo, de aquel hijo por quien había sufrido tantos años de padecimientos y de abnegacion.

Procuró Pedro llegar á hablar al rey, y le fué esto sumamente fácil; porque concluido el baile, el rey no se había acostado todavía; agitado sin duda por las emociones de aquella noche terrible. Presentóse Pedro al rey, y arrojándose á sus pies le declaró que Federico era su hijo.

Enterado de lo que había ocurrido en el palacio, le hizo presente que nadie conocía su crimen, y que podía salvar al criminal con la generosidad de un noble rival que era, y con la grandeza propia de un rey. Prometió el rey hacer todo lo posible por salvarle, recordándole que antes de que cometiese el atentado de aquella noche, había sido acusado al tribunal de la Inquisicion por haber osado sacar la espada dentro de la iglesia del convento del Rosario.

Comprometido el rey á obtener este perdon, que demasiado caramente había comprado doña Juana, había dado ya pasos con algunos de los inquisidores, y este tribunal había dejado entrever sus ideas de arreglar el negocio, exigiendo sin embargo que saliese del reino y para el extranjero, el jóven imprudente que en un momento de delirio había dado causa á incurrir en sus iras. La Inquisicion cedía á la súplica del rey, mostrando el gran trabajo y repugnancia que esto le costaba, para asegurar así mas su poder.

Pedro, que no confiaba enteramente en que pudiera arreglarse con facilidad la causa de su hijo, tomó todas las disposiciones del caso para asegurarse la cooperacion y poder de la Garduña, con objeto de ponerle á cubierto, ya de las iras de la Inquisicion, ya de las iras mismas del rey en el caso de que tratase de llevar á efecto una venganza en la persona de su hijo.

Había traspirado Pedro, que su secreto dejó ya de serlo hacia algun tiempo para el conde-duque de Olivares, y que receloso éste de la proteccion y favor con que el rey le había brindado, al encontrarle en la calle de San Bernardo en una de sus nocturnas correrías, trataba de vengarse de él.

Así es que por medio de los mendigos y pordioseros que componian la hermandad de la Garduña, comunicó Pedro rápidamente sus órdenes: todo quedó previsto para que á una señal suya pudiese haber un gran motin en Madrid, que llegase á ocasionar la caída del conde-duque de Olivares, en la cual hacía mucho tiempo que estaba trabajando activamente la reina misma y algunos de los cortesanos.

La carestía que á la sazón había del pan era un hermoso pretexto, porque toda cuestion del pan, en Madrid, fué siempre sumamente grave, con especialidad durante la dominacion de la casa de Austria.

Había el rey accedido al perdon del imprudente don Federico; y doña Juana se presentó á él triste y llorosa, y arrojándose á sus pies imploraba su perdon. Creyó Federico culpable en haberle engañado, y en haberse dirigido al pa-

lacio del Pardo á asistir al baile del rey, en lugar de encaminarse al convento de las Descalzas, á donde le habia prometido refugiarse durante su ausencia.

—¿Vienes, la dijo, á implorar mi perdon, cuando yo voy á morir, ó crees que se lleva al sepulcro el amor y el odio?

—Es que yo moriré, y no moriré tranquila, si no oigo de tu boca una palabra de perdon..... ¿no me crees? Uno de nosotros dos se halla al borde del sepulcro. ¿Que seas tú, ó que sea yo, qué importa? Cuando sea la hora en que uno de nuestros corazones destrozados, parta el uno y quede el otro... es preciso, al despedirse, un sincero arrepentimiento, un piadoso perdon, para que nos encontremos en el cielo sin odio. Perdóname el haberte sacrificado tu felicidad, en la que entrabas tú por todo.

—Si yo muero, te perdono en este instante supremo, contestó Federico.

—Tú vivirás, replicó Juana.

—Entonces te perdono, y te amo.

—No debes amarme, Federico: un mundo nos separa: jamás podremos ser esposos.

—Pues qué ¿quieres morir?

—Tratarás de vivir, Federico, contestó con aire humilde y resignado doña Juana.

—Entonces, dijo en voz alta y solemne Federico, óyeme, Juana, yo te entrego mi porvenir; quiero compartir tu suerte..... vivir para tí, ó morir cuando tu mueras..... Si consientes, á este precio abandono el derecho que tengo de quejarme de tí..... A ese solo precio te perdono: júramelo. Si llega un momento para tí en que te falte el valor, ó que algun suceso te haga imposible la vida, júramelo, me lo dirás, y en aquel momento espiraré.

—Sí, contestó con entusiasmo Juana, alargándole la mano: acepto á ese precio tu generoso perdon.

—Tu vida es la mia, dijo Federico.

En esto estaban, cuando entraron á anunciar á Federico de parte del rey, no solo que habia sido completamente perdonado por su parte, sino que la Inquisicion habia desistido de continuar las averiguaciones comenzadas por los sacrilegios cometidos en la iglesia del Rosario; y que el rey, deseoso de llevar adelante su generosidad, habia consentido en que se verificase el matrimonio de doña Juana y de don Federico. Con asombro Juana oyó aquella disposicion del rey. A punto estaba de rechazarla desde luego; pero firme y segura en la promesa que acababa de hacer á Federico, aceptó en la apariencia con resignacion, y Federico en el colmo de su delirio, bendecía á Juana, y se reputaba el hombre mas feliz de la tierra, pareciéndole ser un sueño las peripecias porque habia pasado.

VII.—EL POMO DE CRISTAL.

A la mañana siguiente muy temprano, en una capilla de la condesa, se verificaba el matrimonio de aquellos dos jóvenes, dignos de mejor suerte, llenos todavía de sávia y de fuerza, pero en cuyos rostros se veia la livida palidez de la muerte: era el árbol quemado en la corteza. Un encargado del conde-duque de Olivares se hallaba presente, y los amigos de las casas de Zúñiga y de Silva. Allí se hallaba tambien Pedro: éste tenia el rostro brillante de alegría; apenas podia soportar la que Dios le enviaba en aquel momento: to caba al término de sus deseos; creia feliz á su hijo, y libre

de los peligros que le habian amagado, bendecía en su co razon al rey Felipe IV, el que á pesar de sus extravíos, á que le conducian los galanteos, tenia un corazon verdaderamente bueno.

Terminada la ceremonia religiosa, don Federico y doña Juana con los brazos enlazados, salieron de la capilla, pero en el momento en que iban á partir se presentó delante de ellos Pedro.

—No os alejéis, les dijo: dejadme los dos contemplar, hermosos jóvenes, vuestra felicidad. Pobre soy de alegría ¡ay! mas que nadie: hacedme la limosna de un rayo de vuestra felicidad. Sé que vais á salir de Madrid, porque todo está ya dispuesto, porque esa es la voluntad del rey, de ese rey generoso que ha olvidado todo y ha hecho vuestra felicidad..... y la mia tambien.

—Nos quedaremos... mucho tiempo aun en Madrid, contestó pálida y vacilando doña Juana... El rey en su bondad ha querido unirnos: ya están ejecutadas sus órdenes.

—¡Ah! dijo Federico tambien pálido y con voz vacilante: yo sé ahora como el rey perdona... Conozco toda la estension de su gran bondad..... Le damos gracias por la felicidad que nos causa.

Pedro, con la ansiedad propia de un padre que solo ha sostenido su vida por tantos años, para hacer feliz á su hijo, les dijo con la mayor agonía:

—¿Por qué estais los dos tan pálidos?

—¡Ah! dijo Federico viendo entre la concurrencia al agente del conde-duque de Olivares, dad las gracias al rey que nos ha unido..... y para siempre. Y al mismo tiempo se dejó caer en los brazos de Pedro.

Llegó á su punto el delirio de Pedro, y arrojándose cerca de Federico, le decia con un acento desgarrador:

—Aguarda..... soy tu padre..... ¡oh, justo Dios!..... ¡si llega á morir....! Y al mismo tiempo trataba de sostenerle y levantarle con todas sus fuerzas... ¡Federico, Federico!...

Doña Juana, dirigiéndose entonces al desgraciado padre cuyos lamentos desgarraban el corazon de todos los presentes:

—¡Me aguarda en el sepulcro! dijo, y al mismo tiempo arrojando á los pies de Pedro un pomito de cristal tallado, añadió con voz solemne:

—¡Vuestro pomo nos ha hecho inseparables!...

Cogiólo con ansiedad Pedro, y quedó pasmado al verlo vacío, no pudiendo apenas articular mas que estas palabras.

—¿Qué habeis hecho!

—¡Soy la querida del rey! dijo Doña Juana: y al mismo tiempo cayó muerta en el suelo.

Helado de terror quedó el desgraciado padre, y llenos de asombro todos los circunstantes. La condesa cayó desmayada: solo aparecia sereno el rostro del agente del conde-duque de Olivares. Iba á retirarse de aquella estancia de que parecia haberse apoderado la muerte, cuando llegándose á él con concentrada ira Pedro, le dijo:

—¿Por qué retroceder? ¿No es su muerte la obra vuestra? Decidle al conde-duque de Olivares, que él con su política infernal ha llevado las cosas hasta este punto para vengarse de mí, y para vengarse de ese rey que ha hollado viva á esa desgraciada joven, y que para hollarla ha muerto á mi hijo. ¡Ah! me ha muerto tambien á mí, porque todo cuanto en mí vivia era ese hijo.

El suceso de la muerte de estos dos esposos, pasó como

una de tantas novedades, como uno de esos frecuentes episodios de que está llena la historia de aquellos tiempos. Aturdidas las gentes con el ruido de las fiestas y de los placeres, en breve se olvidó la catástrofe ocurrida en la calle Ancha de San Bernardo. Siguiéron las cosas como antes, bailes, placeres, nuevas representaciones de costosas comedias en que

tomaban parte el rey y los ingenios mas famosos de la corte, y al mismo tiempo pérdidas continuas en las posesiones de la corona de España; pobreza, opresion, abatimiento y desorden en todos los pueblos de la nacion. Un clamor, un eco de maldicion se alzaba en esta inmensa monarquía al cielo, contra el odioso ministro que gobernaba esta nacion, y con-



Todavía le hizo subir otro escalon mas; el último.— Pág. 22.

tra el desdichado monarca que había entregado á él las riendas del gobierno.

El clamor de los pueblos fué inútil. Al fin un día una intriga palaciega, á cuya cabeza se colocó la nodriza del rey, sirvió para derrocar el odiado favorito. Es fama que Pedro tuvo una gran parte en decidir á aquella muger á que fuese la espresion, el eco fiel de los deseos nacionales. Aun así, despues de la caída, no había quedado satisfecho el odio de

Pedro. Trabajó incansable, y hubiera conseguido el que el conde-duque de Olivares hubiera representado el mismo papel que don Rodrigo Calderon había representado en la plaza pública de Madrid, si al amago del golpe que le esperaba, no hubiese enfermado en Ciudad-Rodrigo el conde-duque de Olivares, y hallado en una muerte natural, si bien muy penosa, un medio de escapar del odio general del pueblo.

EL CONDE DE FABRAQUEE.